

Las altas torres que caen

Miguel da Unamenos



Capítulo 1

Las altas torres que caen.

Amarga es la mirada de aquéllos que aun estando vacíos insisten en mostrarse plenos y dignos de admiración, ignorando que es en sus tristes ojos, los mismos que tratan de hacer brillar, donde cae gran parte del peso de los sueños de un lejano pasado que, una vez rotos, se precipitan a las abisales honduras de la nada, arrastrando consigo ilusiones que ya nunca serán satisfechas.

Y qué son los ojos sino ventanas por las que oculta tras el velo de la inquietud se asoma el alma, que busca anhelante cualquier esperanza con la que domar a la razón, que siempre ansía la verdad convencida de que sólo una hay, una verdad que al alma incomoda, pues la desnuda y la hace menguar cuando lo que desea es resplandecer aun a sabiendas de que sólo con los putrefactos hilos de la mentira y la traición será confeccionado el traje que más hermosa la volverá al parecer de otros, a quienes sólo permitirá admirar su vana grandeza, nada más, pues de barro son los cimientos sobre los que erige su larga y hermosa torre, ignorando que sólo el sol y las estrellas resplandecen por siempre y son inalcanzables.

Pero todo es finito, más aún lo que sobre falsedades se construye. La singular torre acabará por desmoronarse a sí misma a causa de las vanidades y la negación de la tozuda realidad, armando tal estrépito que perdurará por siempre en el recuerdo del alma que siempre quiso resplandecer aun en el negro anochecer.

Sólo ruinas quedarán allí donde murieron los sueños de quienes no supieron dejar de mirar atrás y que, aun así, pretendieron brillar.